

Orígenes del republicanismo de Simón Bolívar

El republicanismo representa un aspecto capital del pensamiento de Simón Bolívar, aspecto que llama tanto más la atención cuanto que, entre los independentistas hispanoamericanos de su época, pocos se adscribían al ideario republicano. La mayoría se pronunciaba a favor de la monarquía siendo éste el caso, en particular, del otro gran libertador de América del Sur, José de San Martín, y de figuras señeras de la emancipación argentina, como Belgrano o Rivadavia, que desplegaron ingentes esfuerzos fallidos con vistas a restablecer la realeza en su país recién liberado. Es de recordar que, en la famosa entrevista de Guayaquil entre los dos principales libertadores, el 26 de julio de 1822, una de las cuestiones planteadas fue la del régimen a implantar en el Perú tras la independencia. San Martín había intentado conseguir una solución conciliatoria con los españoles. En 1821, como resultado de las negociaciones de Punchauca con el virrey La Serna, admitió que un Borbón de España ocupara el trono en Lima con tal de que Madrid reconociera la independencia de Perú. En 1822, San Martín reanudó las discusiones con iguales intenciones pero infructuosamente. En Guayaquil, Bolívar, por su parte, se opuso rotundamente a que la libertad peruana se adquiriera de esta forma y el argentino se inclinó y abandonó la vida política¹.

La adhesión al régimen monárquico de la mayor parte de los secesionistas era, a decir verdad, lógica. Desde la conquista, a lo largo de tres siglos, América latina había conocido el sistema monárquico y, en 1810, cuando el levantamiento generalizado contra la tutela española, desde Caracas hasta Buenos Aires, el legalismo a la corona siguió muy anclado en las masas populares y los patriotas criollos no tardaron en averiguarlo a expensas suyas. Por cierto que el ejemplo republicano de Estados Unidos seducía a ciertos hispanoamericanos de la elite criolla pero contrabalanceaba fuer-

¹ Acerca de la confrontación en Guayaquil de los dos libertadores, existe una nutrida bibliografía. Aquí tan sólo remitimos a las *Obras Completas de Bolívar*, La Habana, Editorial Lex, 1950, 2.^a ed. t. I, págs. 656-657. Todas las citas que siguen de Bolívar proceden de esta edición que ha sido reproducida de forma íntegra recientemente sin fecha ni lugar, ni mención de editorial.

temente su influjo el ejemplo de las monarquías europeas o de Brasil. Bolívar aparece pues en este plano, en torno a los años 1810-1824, como el representante de una corriente minoritaria en América latina que se haría rápidamente mayoritaria pues, como consecuencia de las largas guerras de independencia, se impuso en todas partes el régimen republicano. Resulta pues útil interrogarse acerca del origen, de la génesis de las convicciones republicanas de Bolívar. Las respuestas adelantadas nos aclararán no sólo la personalidad política del caudillo venezolano sino también ciertos aspectos de la conmoción bélica. Como siempre en Bolívar, en su credo republicano se mezclan consideraciones ideológicas y políticas.

Desde el punto de vista ideológico, el republicanismo de Bolívar se explica en gran parte por su concepto negativo de la monarquía pues considera que esta forma de gobierno no puede disociarse del absolutismo y del espíritu de conquista².

Así lo justifica su condena de la realeza. Sin embargo, si subraya algunos aspectos negativos de la monarquía, no deja Bolívar de reconocer algunos de sus aspectos positivos, en particular su capacidad de duración y su facultad de mantener la prosperidad de las naciones³. El prócer caraqueño se opone también espontáneamente a la monarquía en cuanto se identifica al sistema colonial español odiado por él, sinónimo, en su espíritu, de autoritarismo, de arbitrariedad, de opresión. Imbuido de un ideal de libertad sólo sueña con acabar con él y es su amor a la libertad el que le induce a adherirse a la república.

Sus simpatías republicanas se ven reforzadas por su propensión a idealizar este tipo de gobierno al que adorna con todas las virtudes. En su célebre carta de Jamaica, de 6 de septiembre de 1815, es donde expone con mayor claridad su visión de la república. Principia declarando que «el interés bien entendido de una república se circunscribe en la esfera de su conservación, prosperidad y gloria»⁴. En otros términos, una república genuina no aspira a extenderse acudiendo a la guerra, apunta al desarrollo económico y al auge de las luces. Corre parejas con la libertad y el espíritu de conquista le es ajeno. Si se entrega a una política expansionista, no sólo reniega de su ideal sino que se condena a una decadencia inevitable y a la tiranía. Cuanto más extensas son las conquistas, más rápida es la declinación. Considera Bolívar que las pequeñas repúblicas conocen la estabilidad y el progreso mientras que las grandes sufren ineluctablemente la decadencia y el despotismo. Tales puntos de vista están inspirados, por supuesto, por Montesquieu y Rousseau. Así y todo, el caraqueño ha procedido a una lectura personal del *Esprit des lois* pues no comparte las simpatías hacia la monarquía de Montesquieu; en base a un principio esencial de esta obra —la necesidad para todo régimen de adaptarse a los caracte-

² *Escribe al respecto: «Muy contraria es la política de un rey cuya inclinación constante se dirige al aumento de sus posesiones, riquezas y facultades: con razón, porque su autoridad crece con estas adquisiciones, tanto con respecto a sus vecinos, como a sus propios vasallos que temen en él un poder tan formidable, cuanto es su imperio, que se conserva por medio de la guerra y de las conquistas. Por estas razones pienso que los americanos ansiosos de paz, ciencias, artes, comercio y agricultura, preferirían las repúblicas a los reinos...» O.C., t. I, pág. 170.*

³ *«Sólo la Democracia, en mi concepto, es susceptible de una absoluta libertad; pero, ¿cuál es el gobierno democrático que ha reunido a un tiempo poder, prosperidad y permanencia? ¿Y no se ha visto por el contrario la Aristocracia, la Monarquía cimentar grandes y poderosos imperios por siglos y siglos?» O.C., t. III, pág. 679.*

⁴ O.C., t. I, pág. 169.

res nacionales específicos, históricos, geográficos, culturales, religiosos—opta por la república.

Es que, según Bolívar, debido a las luchas en pro de la independencia, una particularidad fundamental de la sociedad hispanoamericana es su apego a una conquista clave de esas luchas: la igualdad política, la supresión de todos los privilegios del Antiguo Régimen. La monarquía le parece incompatible con tales adelantos. Restablecer la realeza equivaldría a cuestionar esa igualdad conseguida a tan alto coste y que, en cierta medida, acababa con discriminaciones raciales institucionales multiseculares. Tan sólo en cierta medida ya que, si nos atenemos al caso más flagrante de desigualdad, la esclavitud, sabido es que —en contra de lo que pidió el Libertador apasionadamente— los legisladores grancolombianos dictaron en 1821 y 1822 una abolición parcial y progresiva de la esclavitud.

Esta idea de igualdad reviste una importancia esencial en Bolívar. Esto se percibe con nitidez en 1825 cuando, invocándola, rechaza la corona que le proponía Páez en Venezuela. Explica su negativa observando que las masas populares venezolanas —ante todo pardos y negros— temerían, con razón según él, una marcha atrás política y no admitirían el restablecimiento del trono⁵. En una importante respuesta a Páez, una carta de 6 de marzo de 1826, designa otro obstáculo mayor al retorno de la monarquía: la oposición irreductible de los generales. Bolívar se hace cargo de las ambiciones personales de los militares y no se le escapa que éstas se opondrían al nuevo poder real generando serios conflictos.

La respuesta al general Páez presenta especial interés en cuanto descubre la excepcional agudeza con que discernía Bolívar, los particularismos de la nueva sociedad hispanoamericana, las evoluciones considerables promovidas por catorce años de guerras encarnizadas. En 1825, Páez instaba a Bolívar a que asumiera el cetro real so pretexto de que la situación en Colombia era equiparable a la situación francesa en Brumario. El Libertador se manifiesta en contra de tal paralelismo: «Ni Colombia es Francia, ni yo Napoleón» y explicita las diferencias entre los dos países insistiendo en su negativa a ser un déspota como el emperador de los franceses⁶. Bolívar está convencido de que ha arraigado tanto la libertad en la América española que instaurar de nuevo la monarquía daría lugar a oposiciones no sólo en Venezuela sino en las repúblicas vecinas. Sobre todo, la idea que se formaba de sí mismo le impedía apoyar el proyecto de Páez estimando que su mayor título de gloria era el de Libertador: «El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto es imposible degradarlo»⁷.

Si poderosos motivos morales o de política interior explican la adhesión intangible del prócer a la idea republicana también hay que tener en cuen-

⁵ Cf. O.C., t. II, págs. 322-323 y t. III, pág. 315 donde, en una carta al general Daniel O'Leary, de 13 de septiembre de 1829 opina Bolívar: «Yo no concibo que sea posible siquiera establecer un reino en un país que es constitutivamente democrático, porque las clases inferiores y las más numerosas reclaman esta prerrogativa con derechos incontestables, pues la igualdad legal es indispensable donde hay desigualdad física, para corregir en cierto modo la injusticia de la naturaleza. Además ¿quién puede ser rey en Colombia? Nadie, a mi parecer, porque ningún príncipe extranjero admitiría un trono rodeado de peligros y miserias; y los generales tendrían a menos someterse a un compañero y renunciar para siempre la autoridad suprema... No hablemos más, por consiguiente, de esta quimera».

⁶ «Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César; aún menos a Iturbide». O.C., t. II, pág. 322.

⁷ O.C., t. II, pág. 322.

ta el contexto de la política exterior que influyó en la formación de su republicanismo.

Es lo que se desprende de una carta de 5 de agosto de 1829 al encargado de negocios británico Patrick Campbell quien había sugerido que Colombia viniese a ser una monarquía y que se atribuyera la corona a un príncipe europeo. Bolívar rechaza la propuesta argumentando que Inglaterra se opondría a la elección de un Borbón y que los estados hispanoamericanos y Estados Unidos también se manifestarían en contra. En esta carta se encuentra la famosa declaración del Libertador a propósito de Norte América: «los Estados Unidos que parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad»⁸.

Bolívar prevé que, de instaurarse una monarquía, Colombia sufriría una reacción de rechazo por parte de las naciones americanas: «Me parece que ya veo una conjuración general contra esta pobre Colombia... Todas las prensas se pondrían en movimiento llamando a una nueva cruzada contra los cómplices de traición a la libertad, de adictos a los Borbones y de violadores del sistema americano»⁹. En esta fórmula se nota nuevamente la equivalencia entre los conceptos de república y de libertad y la toma de conciencia de una unidad de destino entre las dos Américas. Sólo seis años después del famoso mensaje de Monroe, el caudillo venezolano confirma —deplorándola— la dependencia política de América latina con respecto a Estados Unidos y la interferencia en todas las naciones iberoamericanas de una decisión importante adoptada por una de ellas¹⁰.

Lo fundado de la opinión de Bolívar parece confirmado por el imperio de Agustín de Iturbide, en México, que no dejó de llamarle la atención y de inspirarle un comentario. Se expresa acerca del coronamiento de Iturbide en un correo de 23 de septiembre de 1822, dirigido al vicepresidente colombiano, Santander. No encubre su desprecio y pone énfasis en lo absurdo de la iniciativa prometida según él al fracaso, debido a su ligereza e inadecuación al espíritu de la época: «¡Qué locura la de estos señores, que quieren coronas contra la opinión del día, sin mérito, sin talentos, sin virtudes!»¹¹. Tres días más tarde, en un despacho a Fernando Peñalver, vuelve sobre el mismo tema profetizando nuevamente la caída del imperio azteca. De modo rotundo, reafirma su convicción de que «el tiempo de las monarquías fue, y que, hasta que la corrupción de los hombres no llegue a ahogar el amor a la libertad, los tronos no volverán a ser de moda en la opinión»¹². Pocos meses después, la muerte trágica de Iturbide ratifica sus previsiones, lo que le mueve a sacar las enseñanzas del intento abortado de restauración monárquica. A sus ojos, indudablemente, el infeliz Iturbide ha salido mal por su transgresión del espíritu de la época¹³. Es de lamentar que Napoleón III o sus consejeros ignorasen los agudos comentarios de

⁸ O.C., t. III, pág. 279.

⁹ O.C., t. III, pág. 279.

¹⁰ O.C., t. III, pág. 279.

¹¹ O.C., t. I, pág. 687. Cf. igualmente O.C., t. I, pág. 680.

¹² O.C., t. I, pág. 688.

¹³ O.C., t. I, pág. 739.

Bolívar. En todo caso, la derrota del cuerpo expedicionario francés y el hundimiento del imperio de Maximiliano corroboran el acertado juicio bolivariano de la incompatibilidad entre la sociedad hispanoamericana postindependentista y la monarquía.

El historiador Marius André, adicto a Maurras, ha criticado con dureza la idea que se formaba Bolívar de la realeza y de la república: «Bolívar, igual que todos sus contemporáneos americanos, tiene una concepción a la vez simplista y falsa de la monarquía y de la república. Realeza significa: poderes arbitrarios, opresión del pueblo, esclavitud; la república promueve la libertad, la igualdad y la felicidad»¹⁴. Esta opinión no es del todo desacertada pero se le escapa a Marius André lo esencial. Si, efectivamente, las simpatías republicanas de Bolívar eran en un principio ideológicas y, por lo mismo, en parte arbitrarias, se han fortalecido y se han hecho intangibles en estrecha relación con el proceso histórico. En América latina, de 1810 a 1824, las guerras de independencia se desarrollan contra la monarquía y bajo las banderas de la república. El auge de la idea republicana corre parejo con el afianzamiento de la causa de la emancipación así que, en 1824, tras Ayacucho, resulta imposible disociar la independencia de la república¹⁵. El libertador entendió perfectamente esta simbiosis de los dos ideales y, consecuentemente, el carácter irreversible del nuevo régimen. Consumada la independencia, ya no le quedaba a la monarquía espacio político en América latina, fuera de México, Brasil y Cuba.

Entre los partidarios de la emancipación, Bolívar fue uno de los primeros en entender que la España de Fernando VII —tanto absolutista como liberal— nunca renunciaría a su imperio de América y que todo intento de conciliación monárquico abortaría de tal forma que, necesariamente, la lucha en pro de la libertad había de asentar definitivamente la república.

En resumen, la aproximación al republicanismo de Simón Bolívar demuestra la complejidad de su génesis e implicaciones. Procede de presupuestos ideológicos dieciochescos a los que se adhirió con tanta mayor facilidad cuanto que concordaban con su patriotismo. Sabido es que el joven Bolívar se educó en una familia de arraigado criollismo y antiespañolismo. El republicanismo vino a ser una dimensión de su anticolonialismo y, en el proceso de la lucha anticolonial, se convirtió en una convicción política de los pueblos hispanoamericanos, una impronta más del libertador.

¹⁴ Bolívar et la démocratie, París, 1924, pág. 145.

¹⁵ Charles Minguet recalca con razón el valor de ruptura del republicanismo bolivariano: «Es en fin la afirmación del rechazo sistemático y definitivo del antiguo orden colonial representado en América por la Monarquía española. Este rechazo categórico de la forma monárquica es un acto de liberación de gran alcance político. Tiene el mismo sentido simbólico que la ejecución de un monarca. Volver a la monarquía era como volver a la servidumbre colonial». Hacia una interpretación de Hispanoamérica (perfiles de identidades), Roma, 1987, pág. 174.

Charles Lancha

«Hubo en un siglo un día que duró
muchos siglos.»



Miguel Ángel Asturias